

## EN TURÍN

En Turín, con aquellas idas y venidas de gentes atareadas que subían y bajaban por las escaleras del ayuntamiento, en cuyas oficinas estuvo Ratti para enterarse del día y del sitio en que habían de verificarse los exámenes por escrito, perdió Emilio en pocos instantes la hermosa confianza con que había partido de Bossolano, como si todas aquellas personas cuyo zumbido oía en rededor suyo, fuesen otros tantos maestros, aspirantes á las plazas del concurso y que hubiesen estudiado más que él; cuando por la noche se encontró solo en su cuartucho de la posada de «Las tres palomas», cuartucho con vistas á un patio sucio y sombrío, llegó á pensar que sería más prudente resignarse de una vez para siempre á la vida tranquila del maestro de aldea. Pero á la mañana siguiente se despertó con una idea buena: la de visitar en su casa de la calle de Zecca al abogado Samis, á quien no había vuelto á ver hacia ya tres años; no solamente porque estaba seguro de que su conversación con el señor Samis le devolvería su seguridad, sino también porque acariciaba la esperanza de obtener, sin pedirla, una recomendación suya, pues había comprendido que, en exámenes como aquellos, las recomendaciones caían tan oportunamente y hacían florecer el terreno como lluvia en primavera. El joven tuvo la buena suerte de hallar en casa al abogado; había engordado un poco y había encanecido otro poco; tenía además los ojos algo más pequeños, pero estuvo cariñoso, animado y expan-

sivo como siempre. La señora ya estaba en el campo. Generi, que era un jovencuelo, había obtenido con brillantez el título de las escuelas técnicas y estaba dispuesto para ingresar en el Instituto. En Altarana, según las noticias que Samis dió á Emilio, nada ocurría de nuevo, aparte de la petulancia cada vez mayor del alcalde, cuyas relaciones con la maestra casada de las «Casas Rojas» era tema de conversación para todos. Faustina Gallí, que se había presentado á concurso en el año anterior, era, hacia ya algunos meses, maestra en un barrio de las afueras de Turín, y seguramente podría verla en las próximas conferencias pedagógicas que habían de verificarse en la ciudad natal de Ratti.

En lo concerniente al concurso, cuando supo Samis que Emilio estaba en Turín para tomar parte en los ejercicios, le dió una noticia aterradora. Las plazas, como ya Emilio sabía, eran diez y seis; los aspirantes eran (esto no lo sabía el joven aún), nada menos que doscientos treinta. Al oír esto, el joven se consideró desahuciado. Pero el abogado lo animó. No debía intimidarse por el número. En esos doscientos treinta aspirantes, sólo había diez y ocho maestros; el resto se componía de señoritas. Calculando (era un suponer) que el municipio no hubiese reservado para los maestros más que media docena de plazas, Emilio solamente necesitaría luchar con dos colegas. Emilio, después de esta observación, respiró más tranquilamente. Pero tornando á pensar en ello, la cosa le pareció poco verosímil y temía que Samis hubiese padecido un error.

—No, no hay error en mis datos—le respondió Samis;—y nada hay de extraño en que suceda lo que le digo. Que las aspirantes sean muchísimas, se comprende, porque casi todas son muchachas de Turín que están resueltas á no seguir la carrera del magisterio si no la siguen en su ciudad, donde tienen la familia y quizá intereses; y es de tal manera cierto, que muchas de ellas, aún sin obtener buen resultado en sus ejercicios, se presentan de nuevo y tornan á presentarse hasta cinco años seguidos. Pero de los maestros, ¿quién quiere usted que venga á sufrir un examen muy dificultoso y á consumir sus economías

para nada? Aún me maravilla que sean diez y ocho, y seguramente serán menos en el año próximo venidero, porque á esto no se arriesgan sino jóvenes de cultura y de talento; y los jóvenes que tienen talento y quieren estudiar, no suelen ir para maestros de escuela. ¿Me comprende usted? Por lo que respecta á los miles de ellos que vegetan en los pueblecillos, muy contados son, y pueden considerarse como raras excepciones, los que se encuentran en disposición de presentarse á estos ejercicios con probabilidades de buen éxito. Y ha de llegar día en que no entrará en la carrera del magisterio, estoy por decirlo, ni la escoria del país. Ahora mismo todos los que pueden hacerlo, abandonan la profesión; hay una deserción continua de maestros que van á desempeñar plazas de secretarios de ayuntamiento, de agentes de negocios, de horteras, de guardas rurales, que se lanzan á cualquier especie de empleo, sin pensar en el cómo, ni en el dónde caerán, como navegante que huye de un buque sumergido. Pocos días antes había recibido él una carta de un maestro de pueblo, maestro premiado con la medalla grande de plata por el ministerio de Agricultura, y que además estaba cargado de menciones honoríficas y de distinciones y era individuo correspondiente de varias academias... Pues bien, ese maestro solicitaba una plaza de portero. Y no bastaban para llenar los huecos dejados por los maestros el que hubiese, como efectivamente había, gran número de maestras muy buenas, en su inmensa mayoría, más cultas y más estudiosas que los maestros, ya fuese por la mejor educación que en el seno de la familia recibían, ya consistiera en las ventajas, relativamente mayores, que á la mujer ofrecía, aún desde el punto de vista del dinero; el ejercicio del profesorado; y no bastaban para llenar esos huecos, porque á las maestras no era posible darles escuelas de niños superiores á la segunda, y lo que más á menudo hacía falta en la ciudad, aún más que en el campo, eran maestros de las clases superiores, en las que se comienza la educación moral verdaderamente provechosa y se realiza, por decirlo así, el pulimento de la inteligencia para prepararle á los estudios más elevados. ¿Dónde

se iría á parar por este camino? Samis aseguró que no lo sabía. Lo que sí sabía, y con toda certeza, era que Emilio podía tranquilizarse, porque no solamente los opositores eran muy pocos, sino que aún de esos pocos, la mitad, por lo menos, no podrían competir con él; eran maestros que intentaban aquel albur, como se juega un número á la lotería, sin aptitudes y sin preparación, y que muy probablemente ni aún serían admitidos á los ejercicios orales.

Con este pensamiento más tranquilizador, Emilio Ratti fué, á la mañana del día siguiente, á las ocho y media—media hora antes de la señalada—á la escuela municipal Baretto, donde habían de verificarse los exámenes por escrito.

El espectáculo que allí se presentó á su vista era tan nuevo y tan extraño para él, que hasta le hizo olvidar un momento la idea de los exámenes. La puerta de entrada estaba obstruida por grupos de maestros; obstruida estaba también toda la calle; en las calles contiguas, y hasta en todas las esquinas, veíanse corros y aún enjambres de señoritas y de señoras de todas las gradaciones de la serie de años que comienza en los veinte y termina en los treinta y seis; así como de todos los matices de trajes desde el elegantísimo cortado por el último figurín, hasta el vestido casi lugareño de la maestra de aldea, y mezclados con las opositoras: madres, padres, hermanas, amigas, directoras de colegios, llegadas allí para prestar ánimo ó para dar los últimos consejos; hallábanse todas con los rostros pensativos y como sobreexcitadas, y hablaban y gesticulaban con animación grande. Muchas llevaban libros en la mano ó debajo del brazo, ó bien escondidos en los bolsillos ó debajo de las faldas, en las cuales formaban puntas ó pliegues ridículos; otras llevaban el desayuno en paquetitos, ó pan que asomaba por las faltriqueras, y algunas requerían frasquitos de perfumes como para animarse. Y todas ellas formaban una mezcolanza de sombreros y de plumas de todos colores y un rumor interminable de conversaciones; en ellas se oían frecuentemente los nombres de los seis miembros de la comisión examinadora y el del asesor presidente; uno, alabado como bondadoso;

otro, tildado de tirano; un tercero, acusado de venal; un cuarto, más comentado que ninguno porque nadie lo conocía. De cuando en cuando pasaba uno de los seis jueces para entrar en la escuela, y la multitud le abría ancha calle y le seguía con largo murmullo. De vez en cuando se asomaba á la puerta la cara de un bedel majestuoso. Dos guardias urbanos andaban de una parte á otra sonriéndose. Algunos espectadores curiosos buscaban entre la muchedumbre caras bonitas, pero sin conseguir que las muchachas se fijasen en ellos.

Pocos minutos después de las ocho se abrió la puerta, y la multitud penetró violentamente, como una ola de colegiales, en tanto que los padres y las amigas dirigían las últimas exhortaciones á las que aún quedaban en la calle.

—¡Animo, hija mía! Niña, te lo recomiendo, no lo olvides: calma, calma y calma; y se cambiaban besos, suspiros, apretones de manos.

En la puerta, un profesor del tribunal examinador y un bedel hacían dejar los libros, lanzando ojeadas de aduaneros á los bolsillos y á las protuberancias de los vestidos, y pronto estuvieron en la mesa y en las sillas del saloncillo gran número de tratados y de vocabularios. Para las maestras habían sido colocados los bancos de las clases en el salón de actos del piso bajo. Emilio Ratti, que entró uno de los últimos, las vió ya á casi todas en sus respectivos puestos después de haber dejado los sombreros en las clases: cerca de doscientos semblantes formados en diez y seis grupos; una superficie de cabelleras de diversos matices, desde el negro de ébano hasta el rubio de oro y de vestidos de todas las modas, la mayor parte de colores claros, sobre los cuales caían los reflejos verdes de los árboles del jardín iluminados por el sol, que daban al sitio y á la multitud un aspecto de alegría y de fiesta que no se compadecía mucho con la expresión grave de todas las miradas, ni con los estremecimientos sordos, inquietos, febriles que flotaban en aquella atmósfera.

En el salón de arriba habían preparado los bancos para los maestros, y detrás de ellos, á bastante dis-

tancia, otros para unas treinta maestras que no habían podido ser colocadas en la habitación del piso bajo. Cuando Emilio entró, ya estaban sentadas todas las maestras. De los maestros faltaban solamente dos ó tres; todos eran jóvenes de menos de treinta años. Un bedel viejo, de uniforme, vigilaba en la puerta de la escalera. Dos profesores del tribunal iban y venían para recomendar á los examinados que se apresurasen á ordenar sus respectivos papeles. Emilio Ratti había apenas arreglado los suyos, cuando levantando sus ojos hacia la puerta no pudo contener una exclamación de asombro: Carlos Lérica entraba.

Al entrar se paró un instante, lanzó á los bancos miradas torvas, y cuando vió á Emilio, sonrió, fué á estrecharle la mano y se sentó al lado suyo. Pero aún estaba conmovido á consecuencia de un altercado que le había movido el estúpido del bedel de abajo, que se empeñaba en quitarle del bolsillo un pedazo de queso que llevaba envuelto en un papel, y que se obstinó en que era un libro.

—Querido Emilio—siguió diciéndole después en voz baja.—¡He tenido otros muchos disgustos! ¡Un pueblo indecente!...

Pero hubo de interrumpir su relación porque entraba ya el asesor con otros cuatro miembros de la comisión examinadora á leer el tema. En el momento mismo en que el asesor abría el sobre, entraron corriendo tres maestras que venían con retraso, todas angustiadas y medio muertas de miedo; solicitando perdones y reclamando compasión se dirigieron apresuradamente á sus asientos, y allí se dejaron caer nerviosas y llevándose al pecho las manos.

El tema era de pedagogía: «Un maestro señala los límites de los programas didácticos para las clases 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> y expone el método que él sigue para enseñar á sus alumnos la lengua italiana con aprovechamiento...»

Apenas el asesor hubo terminado la lectura, oyóse gran marejada de murmullos, de suspiros, de exclamaciones contenidas, como después de leerse la sentencia de un tribunal en vista pública muy concurrida; luego reinó silencio profundo.

Emilio Ratti trabajó tranquilamente hasta cerca de las doce sin ver ni oír nada en rededor suyo; pero cuando ya no tuvo que hacer otra cosa que copiar su trabajo, no pudo resistirse á la curiosidad de ver lo que sus compañeros hacían, sobre todo las maestras. Ya no quedaban más que dos horas. Comenzaba, por tanto, á difundirse cierta inquietud entre las que luchaban todavía con dificultades de concepto, y algunas que al llegar á determinado punto adquirían el convencimiento de haber equivocado el tema, y comenzaban por segunda vez; y otras, habituadas á escribir largo y tendido, que por haber dado demasiada amplitud al trabajo, temían no poder concluirlo. Todas éstas trabajaban con apresuramiento, dirigiendo de cuando en cuando miradas suplicantes al techo y agitando convulsivamente los pies; bastantes comían apresuradamente un poco de pan, cubriéndose la boca con la mano izquierda. Otras escribían furtivamente cartitas que, por debajo del banco, hacían llegar á sus vecinas; el movimiento de las plumas se aceleraba de un instante á otro, como si escribiesen todas al dictado de una persona á la que agitase una impaciencia creciente; después, cuando las primeras entregaron el trabajo concluído, con el nombre en sobre cerrado y sellado y salieron del salón, creció—como siempre acontece—el afán de las otras, y siguió creciendo por momentos á medida que mermaba el número de las restantes. Algunas estaban pálidas; otras tenían el rostro encendido y se enjugaban el sudor. Aún de las que habían venido compuestas y con mayores pretensiones, no había ninguna que manifestase cuidado por sus cabellos desgreñados ó por la mano ó el vestido manchados de tinta. Tres ó cuatro había que de vez en cuando tomaban actitud de cansancio y de desaliento profundos. Y era cosa muy natural, porque ya era la tercera ó la cuarta vez que algunas se presentaban á examen, y del buen ó del mal éxito dependían intereses muy graves de sus familias; otras tenían también interesado su amor propio y comprometido su crédito intelectual para con sus parientes y amigas. Cuando llegaron los últimos momentos y uno de los dos profesores presentes pronunció estas palabras terribles: «¡Se-

ñoritas, apresúrense ustedes!» se echaron de ver rasgos de angustia y de dolor que daban verdadera lástima. Ya había dado la hora fatal y aún había unas doce maestras que seguían trabajando. Un catedrático de la Universidad, viejo ya, un poco nervioso, iba diciendo: «¡Las cuartillas, señoritas, las cuartillas... como estén!» Y recorría los bancos procurando que se las entregasen; otro, profesor de la escuela Margarita, intentaba hacer lo mismo, con más dulzura. Pero las maestras no querían dar los papeles, los retiraban, se defendían con los codos suplicando:—¡Un cuarto de hora todavía!—¡Cinco minutos, cinco segundos!—¡Se lo suplico, por favor!—Oíanse exclamaciones á media voz:—¡Dios mío! ¡Dios mío!—Una joven dejó caer la pluma y se puso á llorar. Emilio no quiso ver la terminación de aquel cuadro.

En la puerta y en la calle habíase formado de nuevo aquella masa de maestras y de otras personas que habían ido á saber noticias; un gran número de corros en medio de los cuales las examinandas agitaban los borradores de sus trabajos y contaban las angustias de la jornada, los actos de rigor de los jueces, las severísimas precauciones que habían tomado para impedir la comunicación con los de fuera, hasta el extremo de colocar vigilantes en el jardín y en todas las calles adyacentes y de rechazar en la puerta, por sospechas de que contuviesen cartitas, alguna fruta y pan que los padres llevaban. Y los padres y las amigas prorrumpían en exclamaciones contra la barbarie de la comisión y en palabras de piedad hacia las muchachas, reparando con manos cariñosas el desorden de sus trajes y arrebatándolas para verlos sus papeles de las manos. En medio de esta confusión Emilio Ratti sintió que le cogían por un hombro; volvióse á mirar, y vió á Lérica que lo buscaba: los dos se abrazaron fuertemente:

—¿Conque también tú—le dijo el amigo por vía de introducción—aspiras á ocupar un puesto en el «gran establecimiento penitenciario» de Turín?

Lérica no había cambiado casi en aquellos cinco años; habíansele pronunciado un poco más las ojeras; habíanse también señalado más las arrugas entre la

nariz y la comisura de los labios, arrugas que presentaban en su rostro duro el aspecto mismo que esa incrustación de ramas petrificadas que se advierte en algunas piedras del periodo carbonífero; también le había engruesado algo el cuello, que era un verdadero trozo de columna. En todo lo demás era el mismo de siempre, y aunque manifestó tener hambre canina, contó á Emilio rápidamente lo que le había acontecido después de escrita la carta que le remitió á Altarana. Después de enviar muy enhoramala al ayuntamiento de Badolino, había logrado una plaza en el municipio de Mocchia, donde se había encontrado peor; una población medio escondida en un vallecillo sombrío donde llovía seis meses al año, y había tanta humedad en la escuela, que el moho había destruído la cara del retrato del Rey y no permitía leer los carteles. En aquel pueblo, que parecía un sepulcro, había (Carlos Lérica no comprendía cómo) tan extraordinaria cantidad de muchachos, que no sabía dónde meterlos; su escuela rebosaba; por la calle podían barrerse; de cada cinco, dos eran escrofulosos: ¡una cosa indecente! Un pueblecillo que producía chicos lo mismo que el queso produce gusanos. Allí se había encontrado con un alcalde de nombramiento reciente, al cual la vanidad le había ofuscado la inteligencia hasta el extremo de pretender que el maestro, cuando iba al Ayuntamiento á verle, ¡se pusiera guantes! También allí había tenido, amén de otros disgustos, grandes quebrantos y sinsabores con motivo de la retribución; un tesorero que estaba en relaciones de negocios con el alcalde; era un intrigante bribón que en el transcurso de tres meses seguidos, cuando él se hubo presentado á cobrar su sueldo, le había dicho siempre:— ¡No tengo fondos!— ¡Cuando á Carlos Lérica constaba que había ya recaudado el primer plazo del impuesto local y otros créditos del municipio! ¿Qué hacer, en este caso? Como no quería recurrir á las autoridades, porque, según en otras ocasiones le había sucedido, le constaba sería remitido su recurso al alcalde, y éste acaso le despediría para vengarse, había resuelto ganarle por la mano y presentar su dimisión. Pero cádate que el Gobernador remite la dimisión al dele-

gado de escuelas del distrito, con la orden de obligarle á él, ¡á Lérica! á tornar al puesto abandonado, recordándole que así como el Municipio no puede despedir al maestro durante el curso académico, tampoco puede el maestro despedirse por sí mismo. De suerte que él se había visto precisado á seguir en su clase, y el tesorero había seguido sin pagarle su sueldo. Por último, á fuerza de recursos y más recursos, solicitudes sobre solicitudes, había logrado hacerse oír del Gobernador; el cual ordenó al alcalde dispusiera que se le pagara inmediatamente, bajo apercibimiento que, de no hacerlo, enviaría á Mocchio un comisionado de apremio á costa del Municipio. «Recibida tan grata noticia—dijo Lérica,—corro muy alegre á tesorería para cobrar á un tiempo lo atrasado y el mes corriente... y el tesorero me entrega á cuenta de todo mi crédito (y al llegar aquí dió Lérica una voz estentórea, que hizo volver la cara á cuantas personas pasaban por la calle de Garibaldi), ¡diez y seis pesetas, óyelo bien, diez y seis miserables y asquerosas pesetas! El resto me lo ha pagado en días sucesivos en entregas de cinco, de seis, de cuatro y hasta de dos pesetas cada vez...» ¡Pero—prosiguió diciendo parado en medio de la calle y moviendo la cabeza con una sonrisa feroz—pero las han oído buenas! ¡Porque es bien decir que tenían conciencia de su delito y reconocían la razón que yo tenía para desahogarme! Y me desahogaba; ya puedes figurártelo. Para el cobro de cada peseta les alborotaba una hora; aquello era un infierno perpetuo, y la gente acudía á oírme. Ellos fingían que no escuchaban; pero yo les decía cosas que me servían de consuelo en aquellos meses de privaciones; como que las preparaba desde el día antes; imprecaciones y vituperios que, vamos, te digo que si ellos hubieran tenido una gota de sangre en las venas, me hubieran saltado la tapa de los sesos de un pistoletazo. ¡Basta, es mi destino! Verás como ahora salgo con las manos en la cabeza.»

Y viendo que Emilio hacía con la cabeza signos negativos, prosiguió:

—«¡Ah! estoy seguro, segurísimo; soy demasiado conocido en el Piemonte. Imagina tú las cartas infames

que deben de haber escrito al Tribunal de examen y al Ayuntamiento todos esos á quienes he tratado de bandidos y á quienes he amenazado con darles un puntapié en el trasero. Pero deja, deja que me reprobren. No quiero decir nada. Me oirán, primeramente, los miembros de la Comisión examinadora, y en seguida llevaré á cabo un viaje circular á todos los pueblecillos en que he estado, para proceder á un ajuste general de cuentas, y han de oír muy buenas cosas. ¡Será el viaje personal del terremoto!»

En la mañana siguiente se verificó el segundo ejercicio escrito. Se trataba de explicar ó ilustrar por medio de una disertación, ó un diálogo, ó un cuento, la sentencia:

«Aprende el arte  
y pónlo aparte.»

Ocurrieron iguales escenas que en el día anterior, con un incidente de más. Transcurridas dos horas, una muchacha cayó como desvanecida y con el rostro de una muerta, en el banco de atrás; acudieron á prestarle auxilio los profesores y los bedeles, la condujeron al jardín, pusieronla perdida de agua; volvió en sí, pero no estuvo ya en disposición de tomar parte en el ejercicio.

Emilio Ratti se vió constantemente distraído por los juramentos de Lérica, para el cual aquel tema era hueco y estúpido, y que dirigía montones de epítetos desdeñosos al Tribunal y al Municipio. Antes de salir, se les advirtió que la Comisión examinadora se tomaba ocho días para leer los trabajos, y que en la mañana del noveno día se fijarían en la puerta de la escuela los temas de los candidatos admitidos á los ejercicios orales, entendiéndose que los que no estuviesen incluídos en la lista debían considerar como reprobados sus trabajos escritos. A la salida hubo más gentío y másr bullicio que en el día anterior. Emilio Ratti y Carlos Lérica estuvieron un rato en la calle para ver salir á todas aquellas maestras triunfantes ó humilladas, pensativas ó casi llorosas, fatigadas, muchas con los sombreros y los trajes descompuestos

como si saliesen de una lucha; todas mostraban en el rostro, ya la sospecha de algunos errores cometidos, ya la pena de haber dejado en el tintero pensamientos y frases de que ahora se acordaban, y cambiaban entre sí, al despedirse, palabras de esperanza, de temor y de ánimo. Entre la muchedumbre, Emilio oyó detrás de él una voz que lo llamaba por su nombre:

—¡Señor Ratti!

Volviéndose, encontróse delante de la maestra señorita Pedani. El primer recuerdo que surgió en su espíritu fué cruel:—Haga usted ejercicios de pesas.— Y á este recuerdo, viendo á su compañera tan alta y tan rozagante, y con aquella altanería varonil de siempre, Emilio se ruborizó. La joven se sonrió muy ligeramente, acordándose tal vez de lo mismo, y sacó del apuro á Ratti con su tranquila desenvoltura habitual, tendiéndole su robusta mano y preguntándole como si se hubiesen visto la noche antes:

—¿Usted también aquí? ¿Ha estado usted bien *siemprre* en todo este tiempo?

Parecía la maestra más joven, más ancha de hombros, más estrecha de cintura y más gallardamente sana de alma y de cuerpo que en Camina.

—Presumo—le dijo el maestro en son de broma,—que usted aspira á una plaza de Turín, para estar en la «cuna de la gimnasia...»

—Justamente por eso—le contestó la maestra sin bromear ni sonreírse.

Emilio entonces le manifestó, de cumplimiento, que podía estar muy segura del buen éxito de sus exámenes. Pero la joven sacudió la cabeza manifestando sus dudas. Segura estaría si los exámenes se hubiesen efectuado delante de los aparatos gimnásticos; entonces no la asustaría el resultado; pero sí la inquietaban mucho los exámenes de labores femeniles: aquellos dichosos hilvanes de las camisas, para los cuales le sucedía que destrozaba diez metros de tela sin conseguir nada, porque nunca había tenido paciencia ni ganas para eso. Y mientras decía esto, una oleada de compañeras los separó.

—Hasta la vista el día de la sentencia—dijo todavía la maestra á Emilio, distante ya unos cuantos pa-

sos, y dirigiéndole con la mano un cordial saludo de muchacho.

Emilio ya no vió más que el sombrero adornado con margaritas que salía por encima de todos los demás de la muchedumbre.

En aquellos ocho días, visitando muchas veces á sus hermanos, que eran ya dos homrecitos, el uno de los cuales trabajaba de tipógrafo y el otro de «taraceador» (1), Emilio Ratti pasó en constante alternativa, momentos de lisonjeras esperanzas y ratos de dudas crueles; en su afán continuo, ya acariciaba la creencia de haber hecho brillantes ejercicios, ya le alarmaba la casi certeza de haber equivocado los trabajos desde el principio hasta el fin. La noche anterior á la «sentencia» no logró conciliar el sueño. Por la mañana estaba ya rondando la escuela una hora antes de que abriesen. Con él se movían en incesante ir y venir multitud de almas en pena que se acercaban á mover la puerta cada cinco minutos, y espiaban con ojos ansiosos á los bedeles que fumaban en el jardín, á los profesores que pasaban por la calle y hasta las ventanas cerradas del edificio. Cuando se abrió la puerta, se precipitó por ella una oleada inmensa de «candidatas», de padres y aún de amigas enviadas allí por las maestras que no se habían sentido con valor para ir en persona. Los nombres de los admitidos á los ejercicios orales estaban escritos por orden alfabético en un cuadrito caligráfico, pendiente cerca de la puerta del salón de actas. ¡Ay! ¡Qué reducida era la lista!

Durante un cuarto de hora estuvo Emilio sin poder aproximarse; para cada persona que se marchaba, sobrenaban otras dos; oíanse exclamaciones de indignación, lamentos, murmuraciones; padres y madres alejábanse con el ceño fruncido y gruñendo; algunas señoritas salían pálidas; más de una con los ojos llenos de lágrimas y sostenida por el brazo de una parienta ó de una amiga; muchas volvían pies atrás como para cerciorarse mejor de que su nombre no estaba

(1) La palabra *taraceador* no está en el Diccionario de la Lengua; pero como si existen las voces *taracear* y *taracea* y no conozco otra que exprese con más exactitud el arte á que el autor se refiere, no he vacilado en emplearla.  
(N. del T.)

allí, animadas todavía por una vislumbre de esperanza. Pero en aquel momento el corazón de Emilio Ratti estaba cerrado á todo sentimiento de piedad; impulsado también de pronto por los arranques de impaciencia brutal, se lanzó hacia adelante abriéndose camino á codazos, y logró llegar hasta la primera fila y sacar la cabeza por encima de un sombrero que le pinchó la barbilla con las plumas; entonces experimentó la sensación que produce un soplo de aire fresco á un moribundo de asfixia... ¡RATTI, EMILIO!; allí estaba su nombre. Lanzó un largo suspiro, que atrajo hacia él varias miradas muy rápidas de envidia, y volviendo á abrirse camino con los codos, salió de allí de tal manera dichoso, que no se acordó ni de buscar el nombre de Carlos Lérica, ni aún de preguntar á otros si estaba.

Aún tuvo mayor alegría por la noche cuando supo que los maestros cuya idoneidad había sido reconocida en los ejercicios escritos eran tres solamente, y que entre ellos estaba Lérica. Fué á los ejercicios orales lleno de esperanzas. Eran llamados á la sala de examen en grupos de á tres, y sucesivamente á dos mesas, en una de las cuales estaban sentados el presidente del tribunal y uno de los jueces; en la otra se hallaban sentados los cuatro miembros restantes de la comisión examinadora. Emilio fué llamado con dos maestras. La primera impresión que en el joven produjo la vista de aquellos seis rostros de jueces, que simultáneamente se volvieron hacia él, fué la de esa conmoción violenta del hijo de familia que por vez primera se acerca á una mesa de juego, porque pensó que allí podía perder en muy pocos minutos el fruto de las fatigas de tantos años. Llamado á una de las mesas, se dirigió á la otra, y hubo de volver á la primera; vió entonces sus dos trabajos abiertos delante de uno de los examinadores, y no comprendió las primeras palabras que éstos le dirigieron; después experimentó repentinamente extraordinario alivio: aquellas palabras eran de elogio. Entonces sintió que en su espíritu penetraba un gran valor; aquella especie de embriaguez lúcida que en otras ocasiones le había acudido; parecía como si casi se hubiesen centupli-

cado sus facultades; por la ambición, por el orgullo, por el corazón, por el recuerdo de los esfuerzos victoriosos que había realizado en los primeros años de sus estudios, por una imagen de sí mismo que vislumbraba en una cátedra fantástica de la Universidad en el acto de contestar brillantemente á un tribunal de examen que debiera darle el grado de doctor en literatura. Parecióle que cerca de sí tenía un amigo verdadero, la sombra de Megari, que le inspiraba las contestaciones. Respondió muy bien. Quedó como estupefacto cuando le dijeron:

—Puede usted retirarse.

Creyó que se habían equivocado; aquellos tres cuartos de hora le parecieron diez minutos. Salió tranquilo. Pero apenas se encontró fuera, al ver el sol y á los transeuntes, notó que se apoderaba el frenesí de sus piernas y paseó por todas las calles de Turín, sin propósito determinado, sin dirigirse á ninguna parte, con alegría indecible, pensando ya en los años que había pasado en los pueblecillos como en un período remoto de su vida, y en las personas que allí había conocido como en las reminiscencias de un sueño. Al obscurecer se encontró casi sorprendido por la noche, delante de la puerta de las «Tres palomas». Al penetrar en la cocina vió de espaldas á Carlos Lérica que conversaba con el hostelero.

Como el joven no había visto á su compañero en los ejercicios orales, quedóse algo perplejo por el temor de que hubiese fracasado; pero apenas Carlos volvió la cabeza, leyó Emilio en el rostro de Lérica una buena noticia.

—Sí, todo ha salido á pedir de boca—respondió Carlos á la pregunta de Emilio, frotándose las manos.

Pero de pronto cambió la expresión de su semblante y le dijo:

—Figúrate, sin embargo, que ha faltado muy poco para que me aplastasen por culpa del incidente del profesor Alati, que pretendió aturdirme.

Carlos Lérica y el profesor se habían empeñado en una polémica con motivo de la población de Pekín. Carlos Lérica había dicho: «dos millones de habitantes»; el miembro del tribunal se había echado á reír,

haciéndole notar que no podían ser «dos millones», toda vez que Pekín no tiene mayor perímetro que París, donde los dos millones de personas están amontonados, y allí existían grandes espacios sin poblar, ó poco menos, como la ciudad imperial, los estanques enormes, etc., etc. Carlos había replicado que aquella cifra estaba en casi todos los tratados de geografía para las escuelas. El juez le había dicho: «no se incomode usted», y Carlos había contestado: «no me incomodo»; y el juez: «dejemos esto».

—Para resumir—dijo Lérica,—se conoce que mi cara no le agradaba, y trató de ahorcarme en la capital del Celeste Imperio. ¡Bribón! Un momento hubo en que se me subió la sangre á la cabeza, y á él se le subió también; bien nos hemos amontonado, de veras. Basta: yo espero haber salido bien y que todo haya terminado.

Entonces fué acometido de un acceso de alegría ruidosa que, sin embargo, terminó, como siempre, en una descarga de imprecaciones.

—¡Ah! He terminado, sí—gritó tendiendo el puño en actitud de amenaza hacia los Alpes, que se descubrían desde la puerta de la posada; he terminado con esos estercoleros de pueblecillos, con esos establos de escuelas y con esos vaqueros de alcaldes que han envenenado mi pan en el transcurso de diez años.

Ya era tiempo de que terminase. Ahora no quería ni aún honrar con un recuerdo aquel pasado indecente, y ya que no podía perdonar á los tunantes que tantas canalladas y tantas porquerías le habían hecho, quería por lo menos tratar de olvidarlos. Pero á condición de que no se le pusieran nunca delante, se entiende. ¡Ay de ellos si alguna de aquellas caras se le presentaba en Turín al volver una esquina! ¡Oh! No escandalizaría, eso no; ni por pienso. Se limitaría á levantar al hombre muy delicadamente con dos dedos debajo de la barba, y le depositaría un poco más allá, diciéndole:

—Tenga usted paciencia; usted y Carlos Lérica no pueden ir juntos por la misma acera. ¡Ah! ¡Qué viles!

Emilio Ratti pasó alegremente aquella velada con

*La novela de un maestro—Tomo II—19*

Carlos Lérica, ideando planes de vida común para cuando estuviesen juntos en Turín; y como Carlos Lérica había trasladado también sus penates á las «Tres palomas», tuvieron á la noche siguiente el gusto de recibir ambos, al mismo tiempo, de manos de un ujier muy galoneado, la comunicación oficial en que el Asesor les participaba el buen éxito obtenido por ellos en los exámenes, y su próximo nombramiento para Turín, «después de la primera reunión de la Junta».

Antes de partir Emilio Ratti fué á llevar la buena noticia al abogado Samis. Este le felicitó y manifestó verdadera alegría, asegurándole que también su señora se alegraría mucho. Después le dijo:

—Voy á dar á usted una sorpresa.

Abrió la puerta de la habitación inmediata, y Emilio vió adelantarse hacia él un joven como de diez y ocho años, en quien reconoció en seguida á su antiguo discípulo Generi, el chiquillo enamorado de la maestra Vetti. Sin embargo, todo estaba cambiado en él, y nadie habría sospechado, ni aún vagamente, su origen. Vestía con desembarazo; era ya más alto que su Mecenas y más fornido; con los ejercicios gimnásticos y con la esgrima había adquirido en sus movimientos y en sus actitudes una soltura y casi gracia completamente nuevas. De su antiguo rostro sólo quedaban en el de ahora los rasgos que traducían la ambición, la energía, la obstinación, la audacia, un ánimo y una inteligencia, formados por la naturaleza y templados por la voluntad para todas las luchas de la vida, sin sentimiento ni muestra alguna de cariño, ni de bondad. El muchacho tendió la mano al maestro con el desparpajo de quien saluda á su camarada, sonriendo no tanto al maestro cuanto á los recuerdos que su presencia despertaba en su memoria, y le dijo, con voz muy fría, que pareció como si quisiera expresar una sombra de agradecimiento:

—¡Ah! Me acuerdo siempre.

Después se puso á jugar con un cuchillo de escritorio. El maestro miró las manos de Generi y observó que aún conservaban algo de los estragos producidos en ellas por los rayos del sol, y que tenía los dedos anchos y aplastados en las puntas. Ningún otro vesti-

gio quedaba al joven de su vida de campo. Hablaba el dialecto turinés de la clase elevada, comprendiase en todo que el muchacho se había transformado por completo y estaba ya avezado á la vida y á las costumbres de la sociedad á la que le habían trasplantado. El abogado parecía que miraba con gran contentamiento, aunque no enternecido, aquella obra suya, como mira el carpintero el tablón cepillado, suave y reluciente después de haber trabajado en él mucho tiempo. Samis, echando de ver el asombro del maestro, le dijo:

—¿Se acuerda usted de mis profecías acerca de la participación en los estudios de la juventud de los campos? ¿Qué me dice usted de este campeón?

Emilio comenzó un cumplimiento y se interrumpió temeroso de ver aparecer en el rostro del joven una expresión de vanagloria; pero no echando de ver ni el más ligero indicio de esto, le reanudó y lo acabó sin que Generi mostrase comprender si quiera que de él se trataba. Aquella impasibilidad disgustó á Emilio. Adivinaba el maestro en aquel mozo el vigor salvaje del ambicioso sin corazón que desde la escuela comienza á tratar á sus condiscípulos como contrincantes, á abrirse camino á empellones, sin volverse á mirar quién ha caído al lado, pisoteando al que se cae delante, burlándose del que se queda detrás, codicioso únicamente de lo que es apetecido y envidiado por los otros, y no contenido por nada en el mundo que no sea el temor de perder una pulgada de terreno conquistado; sentía Ratti hacia aquel mozo repugnancia tan viva, que, después de haberle dirigido aquel cumplimiento, no halló, ni aún en los recuerdos comunes de Altarana, motivo para dirigirle una palabra más. Y pensó con gusto, al compararse con Generi, después de salir de aquella casa, que también él era ambicioso, que también él había aspirado desde su infancia á elevarse y había consagrado toda su fuerza á realizar esas aspiraciones; pero que, gracias á Dios, sentía firmemente en su corazón que combatiría en la lucha por la existencia como se pelea en un duelo de caballeros, no como se riñe en una pendencia de rufianes, y que aún luchando y defendiéndose, y hasta